

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a solid blue rectangular background.

La democracia de los de abajo y los movimientos sociales [Democracy from below and social movements]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	González Casanova, Pablo
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-09-15 16:33:21
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220029

NLa democracia de los de abajo y los movimientos sociales*

González-Casanova, Pablo

Pablo González Casanova: Sociólogo mexicano. Director del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.

De la articulación de los movimientos sociales con los movimientos políticos va a depender uno de los fenómenos centrales del nuevo proyecto de democracia que abarque a la sociedad civil, a los gobiernos y a los Estados. De esa alianza dependerá también el impedir los movimientos fascistas, fundamentalistas o golpistas, incluso aquellos que se den con el pretexto de luchar por la democracia.

Voy a formular algunas preguntas en relación a los movimientos sociales en América Latina. El primer problema que quiero plantear se refiere al objetivo central, teórico-político, de los movimientos sociales en América Latina, y me refiero a los viejos y a los nuevos movimientos sociales. Yo creo que el problema central es la organización de la sociedad civil y de las democracias, no sólo «desde abajo», como diría Jorge G. Castañeda, sino «de las democracias de los de abajo», como me parece que es urgente formularlo para replantear el problema profundo de la alternativa.

Las dos expresiones son relativamente coincidentes, pero fijarnos en la democracia de los de abajo, en la democracia al interior de los movimientos alternativos parece el reto principal que nos plantea toda esta historia de fracasos de movimientos populares que se volvieron populistas, y de movimientos socialistas que se volvieron estalinistas.

Este es el reto central para mí: la organización de la sociedad civil y de la democracia de los de abajo, en las organizaciones de los de abajo para que, desde su interior, desde el demos, o «sociedad civil», o «pueblo» se plantee la democracia como forma de dominación del sistema social y el sistema político, del Estado y el gobierno. A ese objetivo central, esencial, se añade otro, y es la articulación democrática

de la sociedad civil tanto en contra de la atomización particularista como de la articulación autoritaria.

Los dos peligros que enfrentan los grandes movimientos sociales son el que se atomicen, como lo estamos viendo en tantas regiones del mundo, por ejemplo, con demandas étnicas o de sectas religiosas - en que la gente se tribaliza y se fanatiza en pequeñas comunidades - o el de que se unan, pero en formas autoritarias, con proyectos bonapartistas, populistas-clientelistas, y hasta fascistoides.

Junto con estos objetivos, también tenemos que plantearnos cuáles son los grandes problemas polémicos que los movimientos sociales han despertado a nivel de la investigación social y de los proyectos políticos. Yo creo que en primer lugar debemos luchar contra la transformación de los problemas sociales y de los proyectos sociales, en meros problemas y proyectos individuales, que es un fenómeno al que estamos asistiendo en todas partes con las políticas de incentivos excluyentes o de solidaridad focalizada, de cooptación social limitada, incluso más limitada que la de los regímenes populistas. En el neoliberalismo reinante, ya casi todos estamos ocupados de nuestros problemas individuales que sustituyen a los problemas sociales. Para enfrentar la neoatomización que vivimos se hace necesario realizar un nuevo esfuerzo teórico, político y de conciencia que nos permita darnos cuenta de que los problemas individuales, los que tienen cada uno, son problemas sociales, son problemas de muchos.

A partir de este tipo de planteamiento y de una polémica, digamos externa, frente al individualismo hegemónico, me parece que se plantean otras polémicas no menos importantes que no debemos dejar de lado. La primera, es aquella que coloca a los movimientos sociales frente a las clases sociales, como si hubiera una oposición necesaria, y una opción obligatoria entre clases y movimientos, o entre lucha de clases y lucha de movimientos, ésta superior a aquélla, supuestamente más real y más moderna.

En éste y en muchos otros casos no debemos ver la oposición u opción que se da, sino también ver la combinación que se da o puede darse. Hoy existen problemas distintos de agrupamiento y separación de movimientos y clases, pero no cabe optar en forma excluyente por unos para abandonar a las otras. Es necesario combinar el análisis de lucha de clases, o lucha contra la explotación, con las luchas de los movimientos, sobre todo si se quiere explicar más a fondo los fenómenos de marginación, exclusión, pobreza y pobreza extrema, y su vinculación a la lucha por

los derechos civiles, sociales y culturales, unos más directamente característicos de las clases y otros de los movimientos.

La otra opción polémica es entre movimientos o partidos, planteados como excluyentes y opuestos, en que hay quienes optan por los partidos «a la antigua», y quienes optan por los movimientos «a la moderna». Aquí también existen oposiciones muy fuertes y combinaciones muy deseables. En partidos y movimientos, aparecen virtudes que no se pueden negar y que son fundamentales desde el punto de vista de la acción y la teoría: la disciplina política y la disciplina intelectual de los partidos son una virtud innegable; el pluralismo ideológico de los movimientos es la fuerza que está en la base de coaliciones y bloques. Los partidos potencian la virtud o fuerza con su tendencia a lo homogéneo, y los movimientos con su tendencia a unir lo plural. ¿Acaso no son los dos muy importantes en la democracia de los de abajo, y en el gran proyecto democrático alternativo? El problema no sólo es político ni sólo ideológico sino cultural. Desde el punto de vista del conocimiento y la acción, corresponde a dos objetivos intelectuales del hombre, ambos importantísimos: uno es la sistematización de los conocimientos, otro es el diálogo de intereses, experiencias, creencias, ideologías, proyectos y formas de alcanzarlos.

El «espíritu del sistema» y la «cultura dialogal» son dos victorias del hombre. Aquél llevó en el siglo XVIII a los filósofos a elaborar los grandes sistemas, y culminó, en el siglo XIX con los sistemas de Hegel y Marx. Hoy, corresponde también, a una gran corriente de análisis de sistemas complejos que vincula los elementos conceptuales y empíricos, cualitativos y cuantitativos.

El análisis de sistemas es un objetivo muy importante para organizar el pensamiento y la acción de una manera coherente, consistente, entre variedades y diferencias; pero hay otro, no menos importante, y que ha cobrado gran relieve en los nuevos movimientos sociales, y que tiene un significado enorme para el futuro; es el que corresponde a la cultura dialogal, al pluralismo ideológico que exige el respeto a la gente que piensa de distinta manera que uno.

La solución dialogal del discurso enriquece a los sistemas con las contradicciones respetadas y aumenta la cohesión de universos sistémicos, abiertos. Corresponde al gran proyecto civilizatorio de la unidad en la diversidad.

Estos dos objetivos, el de sistematizar en un cuerpo a un conjunto de proposiciones que presenten una gran coherencia, y el otro, no menos importante, que ha cobrado tanto relieve después de las grandes experiencias del siglo XX, de hacer de la to-

lerancia uno de los fenómenos políticos esenciales para la cohesión de los nuevos movimientos sociales, a nivel local, nacional o mundial, plantean problemas teórico-políticos y de organización programática que no se pueden negar con el argumento de que el pluralismo se enfrenta al sistema, y el sistema al pluralismo, en opciones excluyentes.

El siguiente problema, con una polémica implícita, que las más de las veces no es abierta es el que se da entre los movimientos que luchan nada más que por el poder político y los que luchan también por el poder del Estado. Aquí hay una tendencia muy frecuente, y natural en la polis contemporánea, a dedicarle el máximo de tiempo a la lucha por el poder político, y a relegar o a olvidarse de los problemas de democratización que están tras el poder del Estado y en sus fundamentos o bases; no sólo tras el poder de los aparatos del Estado, sino en las bases mercantiles, financieras, tecnológicas, informáticas, asistenciales o «solidarias», religiosas y militares del Estado que, si se miran bien, nos plantean el problema de la democratización, tanto del régimen político, como del poder del Estado.

¿Qué participación democrática o autoritaria tiene, debe tener o puede tener en la toma de decisiones del Estado la sociedad civil, el pueblo, el demos?

El problema es importantísimo no sólo en lo que comporta a la diferencia entre ganar el poder del gobierno y ganar el poder del Estado - que como vimos en la experiencia de la Unidad Popular en Chile es fundamental, ya que en Chile se ganó el gobierno sin el poder del Estado y ese fue el origen de la gran tragedia del 73 - sino a la diferencia que existe entre proponerse democratizar el régimen político - lo que es muy significativo, lo que es muy importante - y el proponerse complementar esa lucha con otra más que busque la democratización del poder del Estado; y todo, recuérdese, a partir del proyecto esencial de luchar por la democracia de los de abajo, de organizar la democracia como política, sociedad y cultura en la sociedad civil y desde ella, lo que plantea no sólo el problema de la dominación como democracia, sino del uso por el poder democrático dominante de los especialistas; el empleo y respeto por el poder democrático dominante de los expertos, sin caer ni en un democratismo en que se voten hasta las verdades científicas o técnicas y de ingeniería o clínica, ni quedarse en un tecnocratismo en que los teóricos pretendan dominar los proyectos democráticos. Durante un futuro imprevisible, hasta el que se dieron en la historia inmediata anterior. Se trata de negociaciones acumulativas, de negociaciones sociales con proyectos de acumulación de fuerzas en un proceso, en parte parecido al que Gramsci previó para Europa, y en parte distinto con conflictos y negociaciones sociales entre fuerzas armadas gubernamentales y

de guerrilleros, como en Nicaragua, El Salvador, Colombia, cuyo futuro es particularmente de prever; pero que en todo caso dejará a las nuevas izquierdas políticas en situaciones de asedio y acaso parecidas a las de antes de la guerra y a las de otros países de la región.

Tales son algunos de los grandes problemas y de los grandes debates teórico-prácticos de un pensar y un actuar que se expresa de las más distintas maneras en los movimientos sociales de nuestro tiempo. Hay otros más, no cabe duda, pero me detengo aquí para poder llegar a una conclusión. Y la conclusión es ésta: nos hemos pasado estudiando los movimientos sociales en los últimos veinte años con una ilusión excesiva puesta en ellos, y no hemos previsto que al agudizarse los problemas sociales de América Latina, y el mundo, iban a surgir por el Este y el Oeste, el Norte y el Sur movimientos fundamentalistas y fascistas, que hoy en Europa y en Rusia, y en los antiguos países del Este, y en nuestros propios países, empezamos a ver con sorpresa, con horror de esas gentes que hablan un lenguaje fascistoide, fanático, autoritario, represivo, iracundo, y que saben combinar la rabia de las antiguas oligarquías y clientelas con nuevas formas del insulto y hasta con ataques bárbaros - en que emplean hasta obuses -.

Si nosotros consideramos que objetivamente va a continuar la disminución de los servicios públicos en educación, en salud, en vivienda, que va a incrementarse el desempleo y el subempleo y que va a venir una saturación de la «sociedad informal» (de esa que hasta hoy ha sido una especie de paliativo al empobrecimiento); que va a aumentar la saturación de los vendedores ambulantes, que va a haber demasiados vendedores de chicles en las calles, demasiados payasos en las esquinas, entonces tenemos que pensar que el crecimiento de los movimientos sociales, no sólo de los democráticos, sino de los fascistas o fundamentalistas, constituye un escenario probable que no cabe ignorar para el planteamiento de la democracia de los de abajo y desde abajo. A la violencia formal que se da en la violación del voto y en la falta de respeto al sufragio, se añaden, en muchos de nuestros países, formas de violencia física con que se silencia y aterroriza a líderes y periodistas, o incluso a los niños de la calle. Que esa múltiple violencia, con el empobrecimiento creciente de la población, resulte insuficiente para contener a las masas y que los gobiernos busquen fuerzas de apoyo fundamentalistas, es un peligro para la democracia incierta de los sistemas políticos globales, y para la democracia emergente de la sociedad civil. Esta debe enfrentarlos desde ahora aumentando su organización democrática, y planteándose, con ella, problemas de seguridad que no cabe ignorar para sobrevivir.

Lo más probable es que continúe la disminución de los servicios e inversiones sociales del Estado, en lo que queda de éstos, y que incluso disminuyan los programas llamados de «solidaridad» de los distintos gobiernos neoliberales. ¿Por qué es previsible esa disminución? Porque ya no habrá empresas públicas que vender, porque ya no existirán los ingresos del gobierno que venían de las empresas que antes eran públicas, (muchas de ellas eficientes, por cierto, y que daban grandes ingresos) y que han sido privatizadas. Porque va a crecer la proporción del gasto público destinado al pago de la deuda y va a disminuir el gasto público para fines sociales, culturales, e incluso de solidaridad focalizada; porque van a disminuir los ingresos fiscales del gobierno, dadas las nuevas presiones de los grupos de altos ingresos para que bajen los impuestos; porque va a aumentar la importación de alimentos y artículos industriales con un desempleo creciente, difícil de controlar en un período muy largo; porque los gobiernos van a tener que equilibrar sus presupuestos con nuevas políticas inflacionarias, y los países van a regresar al círculo infernal del aumento de precios con control de salarios y baja masa de asalariados y salarios.

Estas presiones van a crecer muy probablemente en los próximos dos o tres años. En ellos van a venir tendencias y campañas para que, una vez que ya disminuyó la propiedad pública del Estado, disminuyan también los ingresos del Estado en lo único que queda, que son los impuestos, y se mermen aún más las riquezas de la Nación mediante las únicas formas de pago disponibles, que consistirán en deshacerse aún más del patrimonio nacional: del suelo y el subsuelo, de los mares y los cielos.

En medio de ese proceso probable, la aparición y desarrollo de los dos tipos de movimientos sociales - democráticos y autoritarios parece también probable. Con esos dos tipos de movimientos se planteará, en forma prioritaria, la alternativa, o bien de un régimen represivo, inconstitucional, al nuevo estilo de los Fujimori latinoamericanos, o el de una democracia ampliada, con una nueva política de inversiones sociales y de infraestructura al estilo de la que Clinton intenta en Estados Unidos. Más tarde pueden venir otras alternativas. Por lo pronto es necesario tener presente ésta y pensar en ella desde la democracia de los de abajo y con organizaciones democráticas en la propia sociedad civil. Para lograrlo es indispensable mantener los movimientos en el orden de las luchas políticas y de las luchas legales, con presiones de masas y argumentaciones para una nueva negociación creadora que enfrente las grandes desigualdades con una política internacional e interna de inversión en infraestructura y gasto social productivo y con una democratización genuina.

Los movimientos sociales viejos y nuevos, de indígenas, de campesinos, de obreros, de ecologistas, etc., han cobrado nuevas características, entre otras razones por su impulso a esta democracia desde abajo, o de los de abajo, que vemos por toda la América Latina y en muchas otras partes del mundo. En cualquier caso, de la articulación de los movimientos sociales con los movimientos políticos va a depender uno de los fenómenos centrales del nuevo proyecto de democracia que abarque a la sociedad civil, a los gobiernos y a los Estados. De esa alianza dependerá también el impedir los movimientos fascistas, fundamentalistas o golpistas, incluso aquellos que se den con el pretexto de luchar por la democracia.

*Versión corregida y actualizada de una intervención en el «Coloquio de Invierno» México, enero de 1992.